

**SHAFTESBURY (1671-1713),
CARTAS A UN ESTUDIANTE UNIVERSITARIO**

**SHAFTESBURY (1671-1713),
EVERAL LETTERS WRITTEN BY A NOBLE LORD
TO A YOUNG MAN AT THE UNIVERSITY**

RAMÓN IMAZ FRANCO
UNED

RESUMEN: El conjunto de cartas dirigidas por Shaftesbury, uno de los pensadores modernos británicos más originales e influyentes, a Michael Ainsworth, cuya traducción al español aquí se presenta, conforma una totalidad coherente dentro de su correspondencia privada. La relevancia de estos textos como fuente primaria reside en dos hechos. Primero, en que aportan claves exegéticas generales del pensamiento del autor, segundo, en que suministran elementos capitales para alcanzar una completa inteligencia del mismo, en concreto, de su filosofía moral. En este sentido, puede decirse que constituyen una manifestación particularizada de su concepción de un programa para la formación del carácter moral (virtud) del individuo en la que dicha filosofía culminaría; esto es, a la luz de su visión metafísica de la realidad, una expresión práctico-exhortativa circunstanciada de su idea de la virtud como cosa única y singular. Es así que estos escritos permiten vislumbrar el capítulo de cuestiones referente a cómo alcanzar el bien moral (vida moral) que Shaftesbury no abordó en su sistemática *An Inquiry Concerning Virtue, or Merit*, obra en la que sólo se abordan los temas del bien moral (virtud) y de la obligación moral (virtud y felicidad).

Palabras clave: Filosofía Moderna Inglesa, Ilustración inglesa, Shaftesbury, correspondencia, Filosofía Moral, benevolencia, virtud, sentido moral natural, vida moral, carácter moral.

Abstract: The set of letters sent by Shaftesbury, one of the most original and influential modern British thinkers, to Michael Ainsworth constitutes a coherent whole within his private correspondence. The importance of these texts as a primary source lies in two facts. First, they provide general exegetical keys to Shaftesbury's thinking; secondly, they supply principal information for achieving a full understanding of it,

more precisely, of his moral philosophy. In this sense, it can be said that they are a particularized expression of his conception of a program for the formation of the individual's moral character (virtue) in which that philosophy culminates; that is, in light of Shaftesbury's metaphysical view of reality, these texts are a circumstantiated exhortative-practical expression of his idea of virtue as something unique and singular. Thus, these writings, translated into Spanish in this paper, offer a glimpse of the key moral issue of how to achieve moral good (moral life) which Shaftesbury did not tackle in his systematic *An Inquiry Concerning Virtue, or Merit*, a book that only deals with the issues of moral good (virtue) and moral obligation (virtue and happiness).

KEYWORDS: Modern British Philosophy, British Enlightenment, Shaftesbury, collected letters, Moral Philosophy, benevolence, virtue, natural moral sense, moral life, moral character.

Nota preliminar

En las páginas que siguen ofrecemos la traducción íntegra, inédita en castellano, de un conjunto de cartas escritas por Anthony Ashley Cooper, tercer conde de Shaftesbury (1671-1713), autor de *Characteristicks of Men, Manners, Opinions, Times* (1711), al joven Michael Ainsworth, a la sazón estudiante en Oxford y futuro pastor anglicano, que fueron publicadas en Londres en 1716 en un volumen bajo el título de *Several Letters written by a noble lord to a young man at the university*, a tan sólo tres años del fallecimiento del filósofo en Nápoles.

Se trata de una parte del epistolario de uno de los más originales pensadores ingleses modernos. Uno de los más continentales, si por este adjetivo hemos de referirnos menos a las tradiciones modernas que hoy identificamos como idiosincrásicamente británicas. Sobre su relevancia histórica hablan por sí solos hechos como la forja de un concepto tan señero como el de *sentido moral natural*, la recuperación y revalorización del discurso sobre la virtud en su tenor más antiguo grecolatino, la problematización de la cuestión de la benevolencia, que irrumpiría como tema estelar en los debates filosóficos europeos a lo largo del siglo XVIII, sus pioneras reflexiones sobre la belleza, centrales a todo su sistema de pensamiento, su puesta en valor filosófico de la faceta afectiva del ser humano en los albores mismos de la Edad de la Razón, etc... En la misma dirección debe destacarse su acusada influencia en ciertos desarrollos intelectuales de primer orden dentro del pensamiento moderno: frente al contra-

punto ofrecido por Gran Bretaña, donde sus obras cayeron rápidamente en el olvido a pesar de haber sido uno de los autores más leídos del país hasta mediados del XVIII, estamos ante el que quizá no sea exagerado ponderar, junto con John Locke, como el filósofo inglés de mayor ascendencia en el seno de la ilustración francesa. Si su huella es más o menos patente en los casos independientes de Montesquieu y Voltaire, fue Diderot quien lo introdujo con entusiasmo en el grupo de los *philosophes* con su traducción libre y anotada de *An Inquiry Concerning Virtue, or Merit (Essai sur le Mérite et la Vertu* [1745]). Se puede seguir el rastro de sus ideas en autores como Rousseau o Holbach. En lo que a Alemania respecta, más allá del hecho relevante de que Leibniz se reconociera expresamente casi por completo en su obra, emitiendo juicios muy elogiosos sobre la misma, su influencia fue más perdurable si bien más deformada. Muchas ideas de Shaftesbury son detectables en buena parte de su literatura y pensamiento de primera fila hasta mediados del siglo XIX: en Lessing, en Haller, en Goethe, Herder, Schiller, Wieland, Schleiermacher, Hegel, Schelling, Schopenhauer y otros. Aún en los albores del siglo XX su nombre seguía gozando de cierta actualidad en tierras germanas.

No es exagerado afirmar que la importancia de la correspondencia privada de Shaftesbury alcanza el grado de decisiva en la medida en que su epistolario aporta iluminadoras claves exegéticas de su pensamiento. Esto es así principalmente porque, más allá de otras consideraciones, y tal y como les sucediera a otros tantos escritores de su tiempo, es en las cartas privadas donde este filósofo pudo evitar la necesaria circunspección pública impuesta por las circunstancias socio-políticas de su tiempo: «Lo que uno escribe libremente a un amigo en privado —le diría en cierto momento a su amigo y confidente el político lord Somers—, es cosa bien distinta de lo que se escribe para la pública contemplación». Es así que, lo mismo que acontece con el resto del epistolario shaftesburiano (o en los cuadernos de anotaciones personales hoy conocidos como *Note-books*), en estos textos contamos con una fuente indispensable que nos suministra elementos capitales en orden a alcanzar una inteligencia completa de la filosofía del autor sin ocultar el trasfondo de sus tensiones: por ejemplo, en relación con su discutida posición anti-lokeana (para este caso paradigmático, véanse y compárense las cartas I y VIII) o con el de su posición teológico religiosa (sus aparentes oscilaciones entre el anglicanismo oficial y el latitudinarismo, entre el teísmo, el deísmo y el panteísmo) o con el hecho del alcance de su vinculación con la escuela del platonismo de Cambridge etc...

Escritas entre 1707 y 1711, lapso de tiempo coincidente con el de mayor actividad intelectual de Shaftesbury, estas misivas, no obstante, conforman en sí mismas un todo cuya importancia filosófica no debe subestimarse. Son una manifestación particularizada de la concepción del pensador del programa o plan de reforma o formación del *character* con la que culmina su filosofía moral. Para entender esto es menester aludir brevemente al trasfondo metafísico y antropológico de su reflexión: cada criatura racional señala u ocupa una *posición singular y única* en el seno un universo concebido como un magno orden sistémico, de manera que en cada una de ellas éste se muestra o es en cierto sentido *un universo único y singular*. Siendo esto así, *toda criatura racional acota o determina un punto de vista o perspectiva única y singular sobre el bien universal* (perfección del universo), lo que a su vez comporta lo propio en relación con todo otro bien, y, por ende, también respecto a la *virtud*, el bien autorrealizativo de ella misma en cuanto tal. Ésta es la razón última que da cuenta de por qué Shaftesbury, en su obra más sistemática, *An Inquiry Concerning Virtue, or Merit*, tras responder a las preguntas acerca del *bien moral* (la virtud, en el Libro I) y de la *obligación moral* (relaciones entre virtud y felicidad, en el Libro II) no llegó a consagrar un capítulo a la cuestión decisiva de *cómo alcanzar el bien moral* (vida moral): porque esta empresa corresponde llevarla a cabo *en exclusiva* a cada individuo en la medida en que sobre *eso* ni hay ni puede haber “ciencia” en sentido estricto. En fin, porque *la virtud es cosa única y singular* (un aspecto del pensamiento moral shaftesburyano que ha sido muy poco destacado por los estudiosos de su obra). Ahora bien, si no puede haber un saber sobre la vida moral, sí se pueden decir ciertas cosas. Para elaborar un esbozo de los contenidos que un tal escrito pudiese haber albergado contamos con cuatro fuentes del autor: por un lado, desde un punto de vista más especulativo, tanto *Soliloquy* (1710) como algunos pasajes enjundiosos de *Miscellaneous Reflections* (1711), y, por otro, con un enfoque más práctico, de una parte, el *Philosophical Regimen*, compendio de apuntes personales del escritor que no fueron redactados para ser publicados y que bien podrían contemplarse como la misma plasmación de su proceso individual de conversión a la virtud, es decir, *su propio libro de moral escrito por él mismo*, y, de otra, su correspondencia, muy en especial, el conjunto de estas epístolas dirigidas a Michael Ainsworth, que, como se acaba de observar, contienen lo que cabe describir como un programa de tipo exhortativo para conducir hacia la virtud (*moral character*) a su joven destinatario, su «propio libro de moral».

En relación con éste último, Michael Ainsworth, es Shaftesbury quien aporta los escasos datos biográficos que contamos sobre su persona (véase la carta IX' dirigida al obispo Burnet). Se trata de uno de los numerosos protegidos de toda condición a los que el aristócrata no dudó en favorecer generosamente a lo largo de su vida incluso aun y cuando los beneficiados no llegaron a corresponderlo con la debida gratitud. Entre los nombres más destacados cabe señalar los de John Toland (responsable de la edición pirata de *An Inquiry* de su protector [1699]), John Locke, Henry Wilkinson, Parson Stephens (que comprometió a Shaftesbury en un panfleto) o los hermanos Joseph y Thomas Micklethwayt.

Como hemos apuntado, las cartas a Michael Ainsworth se publicaron por vez primera en 1716 bajo el título de *Several Letters written by a noble lord to a young man at the university*, (Londres, 8º). Hubo una segunda edición en 1732 (Londres, 8º), si bien la traducción que aquí presentamos lo es de la de 1750, que lleva el encabezamiento más abreviado de *Letters to a Student at the University*. En ella hemos introducido algunas modificaciones completivas que deben ser precisadas: entre la carta I y la carta II, se ha incluido la II', extraída del epistolario publicado por Benjamin Rand (*The Life, Unpublished Letters and Philosophical Regimen of Anthony, Earl of Shaftesbury Author of the "Characteristics"*, Edited by Benjamín Rand, Ph. D., Swan Sonnenschein & Co. Lim., London; [The Macmillan Co., New York], 1900; reeditada en 1992 por Routledge/Thoemmes Press); del mismo modo, entre la IX y la X, la IX', dirigida al obispo de Salisbury, Gilbert Burnet, y tomada de la misma fuente; por último, en el caso de la X, ha sido reemplazada por la X' y la X", también traducidas a partir de la edición de Rand, por tratarse de una refundición muy mutilada de éstas.

Recibido: 13/05/2011

Aceptado: 20/05/2011

[3]



LETTER I.

Feb. 24th. 1707.



ACCEPT kindly the Offer of your Correspondence, and chiefly, as it comes from You with Heartiness, and (the best of Characters) SIMPLICITY. When this Disposition of Heart attends our Searches into Learning and Philosophy; we need not fear being *vainly puff'd up*, or falling into that false Way of Wisdom, which the Scripture calls *vain Philosophy*. When the Improvement of our Minds, and the Advancement of our Reason, is all we aim at; and this only to fit us for a perfecter, more rational, and worthier Service of GOD; we can have no Scruples, whether or no the Work be an acceptable one to Him. But where neither our Duty to Mankind, nor Obedience to our CREATOR, is any way

A 2

the



I

24 de febrero de 1707

Acepto con gusto el ofrecimiento de tu correspondencia, más que nada por cuanto lo haces con cordialidad y sencillez (la mejor de las cualidades). Siempre que esta disposición del corazón acompaña nuestras indagaciones en el conocimiento y la Filosofía, no es menester que temamos *inflarnos en vano*, o caer en ese falso modo de sabiduría que la escritura llama *vana filosofía*. Cuando nuestra pretensión no es otra que la mejora de nuestras mentes y el progreso de nuestra razón, y esto únicamente a fin de prepararnos para [rendir] un servicio más perfecto, más racional y meritorio a Dios, no cabe duda de que el trabajo le resultará grato a Él. Ahora bien, cuando el fin u objeto de nuestros estudios o prácticas, por muy curiosos y exquisitos que sean, en modo alguno es [el cumplimiento] de nuestro deber para con el género humano ni la obediencia a nuestro Creador, bien pueden en justicia calificarse de *vanos*; y a menudo los más vanos, por llevar consigo la falsa apariencia de la excelencia y la superioridad.

Por esta razón, aunque no exista, incluso para la Teología, parte alguna del conocimiento más provechosa que la Lógica, la Metafísica y lo que llamamos *saber universitario*; con todo, nada resulta más peligroso para las mentes jóvenes no avisadas o, lo que es peor, [para las que] ya se hallan dominadas por la excelencia de tal saber; como si la sabiduría residiese en la solución de los acertijos de esos escolásticos que en las últimas épocas de la Iglesia dieron con un modo eficaz de destruir la religión con la Filosofía, y de volver ridículas la razón y la Filosofía tras el ropaje que le habían puesto encima. Si tus circunstancias y condición te permiten salir al mundo a través de la universidad, bien está que hayas evitado esa predisposición.

De todas formas, no me arrepiento de haberte prestado el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Mr. Locke,¹ el cual puede disponer tanto para los nego-

¹ John Locke (1632-1704), el renombrado filósofo empirista inglés, uno de los de mayor relieve e influencia en la Inglaterra de finales del siglo XVII y a lo largo de todo el XVIII, cuyas ideas serán determinantes en el ulterior desarrollo del pensamiento moderno europeo. Su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, donde establecía los principios del conocimiento humano en continuidad y consonancia con el patrón de la nueva ciencia empírica y experimental heredera del

cios y el mundo como para las ciencias y la universidad. Nadie ha hecho más por el retorno de la Filosofía del barbarismo a los usos y prácticas del mundo, y a la compañía de los mejores y más refinados [hombres], quienes, con razón, podían avergonzarse de ella en su otra indumentaria. Nadie ha abierto una mejor y más clara vía hacia *el razonar*. [De modo que], por encima de todo, me sorprende que la Iglesia de los ingleses lo censure tanto por promover la razón e introducir en buena medida su uso en la religión, cuando es sólo con esto que combatimos a los *entusiastas* y repelemos a los grandes enemigos de nuestra Iglesia. Con esta sola arma combatimos a aquellos *visionarios* que con tanta exaltación irrumpieron entre nosotros en tiempos recientes, y a los que ahora se considera (eso parece, al menos) muy terribles y *peligrosos*².

Sin embargo, aunque en estos tiempos verdaderamente felices yo soy uno de los que estima [que] nuestra iglesia [se encuentra] completamente *fuera de peligro*; no obstante, si hiciésemos caso a esos hombres que rechazan este empleo de la razón en la religión, nos veríamos una vez más expuestos a todos los fanáticos. Porque, ¿qué otra cosa es el fanatismo? ¿Dónde reside la fuerza de su causa? ¿No son sus ininteligibles movimientos del espíritu, sus pretendidos sentimientos inexpresables, aprehensiones e iluminaciones interiores, sus inspiraciones proféticas, su oración, prédica, etc. extemporáneas, no son todas estas cosas, digo, los principios sobre los que levantan su causa? ¿No constituyen nuestros

impulso baconiano precedente, alcanzó gran difusión, atestiguada no sólo por las cinco ediciones de que fue objeto entre 1690 y 1706, sino también por sus numerosas traducciones. En este punto, deben ser destacadas las conexiones biográficas entre este autor y Shaftesbury. Fue el abuelo de este último, el primer conde homónimo (1621-1683), quien tomó a Locke como secretario personal y estrecho colaborador, encomendándole la educación de su nieto, el filósofo autor de estas cartas. En este sentido, el tono laudatorio de esta misiva contrasta con la que más adelante escribirá a Michael Ainsworth el 3 de junio de 1709 (Carta VIII), así como la que dirigirá a su amigo cuáquero el general Stanhope y que aquí no incluimos, en las que Shaftesbury revela en tono de confianza una de las claves críticas de su posición filosófica: su profunda distancia respecto a los principios filosóficos fundamentales de su antiguo tutor.

² La del entusiasmo o fanatismo religioso fue una cuestión de suma actualidad en Inglaterra a lo largo de todo el siglo XVII. La experiencia de ello en la proliferación de diversos grupos de visionarios había sido lo suficientemente traumática social y políticamente como para justificar su consideración no sólo como materia de debate teológico o filosófico, sino político. En esta línea, la *Carta sobre el entusiasmo* que el propio Shaftesbury publicó en 1708, en la que dio un tratamiento filosófico-político al tema muy novedoso revalorizando el concepto, sin contradecir la crítica al fanatismo exaltado, como aspecto positivo esencial de la naturaleza humana y denunciando formas de exaltación menos patentes como la del entusiasmo «frío» institucional.

fríos razonamientos muertos (como los llaman) un reproche y una traba para ellos; si es que das crédito a sus líderes, los cuales, con que se les someta una sola vez a la prueba de la fría razón y a un examen pausado, son despojados al instante de todas sus aspiraciones a dones, espíritus y gracias sobrenaturales? Así, pues, ¿podemos abandonar nuestra causa renunciando a la razón? ¿Les rendiremos nuestros Tillotsons, nuestros Barrows, nuestros Chillingworths, nuestros Hammonds?³ Porque, ¿qué menos supone renunciar a esta vía de la razón tan denostada por esos acusadores de Mr. Locke? Sin embargo, tal es el espíri-

³ John¹ Tillotson (1630-1694), Isaac Barrow, (1630-1677), William Chillingworth (1602-1644) y Henry Hammond (1605-1660) son representantes de lo que se dio en llamar latitudinarismo religioso y teológico dentro de la iglesia anglicana. Constituye un movimiento amplio que venía de lejos, de lo que podría denominarse “teología racional anglicana”. Sus versiones fueron variadas aunque asentadas sobre la afirmación fundamental compartida de la racionalidad de la religión. Los latitudinarios se distinguieron por su posición favorable a la tolerancia religiosa (o, en su versión más raquítica, «compreensión»), toda vez que la razón solo justificaba un número muy limitado de dogmas (religión del mínimo credo). Originalmente fue un movimiento surgido en Oxford, círculo al que perteneció Chillingworth. Durante el periodo republicano y dado su carácter anglicano, fue sofocado tachándose de «socinianismo», algo muy discutible si atendemos al hecho de que muy pocos latitudinarios osaron llevar hasta sus últimas consecuencias lógicas los principios básicos implicados en su propia postura. Tras la Restauración (1660) hubo un resurgir del movimiento, uno de cuyos centros de difusión estuvo en Londres: Tillotson, que llegaría a ser Arzobispo de Canterbury, perteneció a este grupo, lo mismo que Edward Fowler (1632-1714), Edward Stillingfleet (1635-1699) -más tarde recuperado por la ortodoxia- Simon Patrick (1626-1707) y otros. En él se puede encuadrar también a la escuela del platonismo de Cambridge, de la que cabe destacar a pensadores como Henry More (1614-1687), John Smith (1618-1652), Ralph Cudworth (1617-1688), quizá el pensador de mayor relevancia de todos ellos, autor de *The True Intellectual System of the Universe*, y, por último, Benjamin Witchcote (1609-1683), de quien Shaftesbury publicaría y prologaría algunos de sus sermones (*Select Sermons of Benjamin Whichcote* [1698]) y con quien también se relacionó Locke. De entre los citados, quizá el caso de Barrow sea el más peculiar al tratarse de un clérigo vinculado a la Universidad de Cambridge cuya principal labor docente así como producción literaria fue esencialmente científico-matemática: fue maestro de Isaac Newton, capellán de Carlos II y, por último, vice-canciller de la Universidad en 1675. Latitudinarios lo fueron también el obispo de Salisbury, Gilbert Burnet (1643-1715), ante quien Shaftesbury intercedió en favor de su protegido Michael Ainsworth, y hasta el mismo John Locke, con su *The Reasonableness of Christianity* (1695) (título que recuerda una obra anterior poco conocida de Henry Hammond: *Of the Reasonableness of Christian Religion* [1650]), personajes clave los dos en el decurso de los acontecimientos ligados a la Revolución Gloriosa de 1688/89, que, tras destronar al catolizante y pro-absolutista Jacobo II e instaurar en el trono a su hija y yerno, María y Guillermo de Orange (Guillermo III), terminó por implantar definitivamente la libertad civil y religiosa en Inglaterra.

tu de algunos hombres en asuntos de controversia⁴. Cierta clérigo famoso, erudito, con talento y de muy reputado celo, gran enemigo de nuestro Locke, se ha vuelto (según me han informado recientemente) rígido *calvinista* en lo tocante a las cuestiones de *predestinación*, *gracia libre*, etc.; y no solo este clérigo, sino también algunos más de ese *alto partido* de la universidad, que, hace sólo un reinado o dos, tanto se apresuró a oponerse con igual elevación al calvinismo. La razón de esto es pero que muy obvia. Nuestros obispos y eclesiásticos distinguidos (los más merecida y justamente distinguidos de todos los tiempos) son, como siempre lo fueron, propensos a la moderación en las cuestiones *calvinistas* importantes. Sin embargo, también lo son en otras.

*Hinc illae lachrymae*⁵.

Están a favor de la tolerancia, *la inviolable tolerancia* (tal y como hace uno o dos años lo manifestó en su discurso noble y *cristianamente* nuestra Reina⁶): y esto es ello mismo intolerable para nuestros altos caballeros, que desprecian la mansedumbre de su Señor y Maestro, y el dulce gobierno suave de nuestra Reina, prefiriendo antes ese abominable representante blasfemo del poder eclesiástico⁷ asistido por el peor de los gobiernos temporales,⁸ tal y como los vemos a los dos a la perfección en Francia⁹. De esto y de sus instigadores de todo género y condición ruego a Dios que nos libre, al tiempo que ya le estamos debidamente agradecidos por lo que en su providencia ha hecho ya en su favor, para felicidad y gloria de nuestra excelente Reina y país. Adiós. Tu buen amigo para servirte.

⁴ El más notable y conocido ejemplo de esto lo representa el otrora latitudinario Stillingfleet, obispo de Worcester, quien en su *A Discourse in Vindication of Trinity* (1697) lanzó un ataque abierto contra los «nuevos hombres de ideas» en referencia directa a John Toland, autor de *Christiany not Mysteriorious* (1696), y al propio Locke. Éste último publicó una carta abierta a modo de respuesta que inició un prolongado periodo de controversia que se extendería hasta 1699.

⁵ *De aquí aquellas lágrimas.*

⁶ La Reina Ana (1702-14).

⁷ El Papa.

⁸ La monarquía absoluta.

⁹ La Francia absolutista de Luis XIV (1643-1715).

II

10 de mayo de 1707

Puesto que tu disposición te inclina con tanta energía hacia el saber universitario, y el sano ejercicio de tu razón y la integridad de tu corazón te aseguran frente a los principios estrechos y la contagiosa conducta de esos lugares corruptos, desde los cuales, antes bien, se deberían difundir todos los principios *libres* y nobles; por lo que a mí respecta, cuando contemple el fruto de tus estudios, tu vida y conducta en conformidad con esas buenas semillas de principios que parecen llevar en ti, no te será ya necesario.

Me alegra saber de tu amor por la razón y el *pensamiento libre*. Sé que siempre conservarás tu piedad y virtud; en particular, toda vez que tus deseos e inclinaciones naturales se dirigen a esa importante posición en la vida que tan a la ligera se toman otros, y sin examinar sus corazones.

Ruega a Dios que te guíe y afiance en tus buenos inicios así como en la práctica de la *virtud* y la *religión*; convenciéndote tú mismo de que el principio más elevado, que es el *amor a Dios*, se alcanza mejor, no a través de oscuras especulaciones y *filosofía monástica*, sino con la práctica moral, el amor al género humano y el estudio de sus intereses: de los cuales, el principal y el único que le eleva por encima la condición de los brutos, es la *libertad de razón* en el mundo del saber, y el buen gobierno y la *libertad* en el mundo civil. A la tiranía en uno siempre le acompaña o pronto le sigue la tiranía en el otro. De modo que cuando a un pueblo se le somete a la esclavitud, al poco tiempo queda reducido a ese estado miserable y brutal en su entendimiento y costumbres.

Así pues, el verdadero celo por Dios o por la religión debe ser apoyado por un amor verdadero al género humano; y el amor al género humano no es compatible más que con un correcto conocimiento de los principales intereses del hombre así como de la única vía y medio (el de la libertad y la independencia)¹⁰ que Dios y la naturaleza ha hecho¹¹ necesario y esencial a su dignidad y condi-

¹⁰ Liberty and *freedom*

¹¹ Adviértase el singular de la forma verbal.

ción varonil. Quienes, por lo tanto, traicionan estos principios y los derechos del género humano, traicionan la religión, incluso hasta hacer de ella un instrumento contra sí misma.

Mas, debo concluir, tu buen amigo para servirte.

II'

A Michael Ainsworth¹²

Chelsea, 3 de octubre de 1707

Buen Michael — Acabo de recibir la tuya en el instante en que me dispongo a partir a toda prisa para St. Giles,¹³ ahora que se aproxima la estación en que apenas me es posible soportar la proximidad de la ciudad.

Hace algún tiempo me llegó una carta tuya que recibí con agrado y que puse responder hasta que contase con el suficiente para escribir a placer. En este momento, sin embargo, no lo tengo en absoluto. No solo te puedes quedar con el *Ensayo* de Mr. Locke, cualquier otro libro que necesites lo tendrás a tu disposición fuera de mi gabinete.

Me alegra saber de tu amor por la razón y el *pensamiento libre*. Sé que siempre conservarás tu piedad y virtud; en particular, toda vez que tus deseos e inclinaciones naturales se dirigen a esa importante posición en la vida que tan a la ligera se toman otros, y sin examinar sus corazones¹⁴.

¹² Esta carta no aparece en la edición de 1716. La extraemos de *The Life, Unpublished Letters and Philosophical Regimen of Anthony, Earl of Shaftesbury Author of the "Characteristics"*, Edited by Benjamín Rand, Ph. D., Swan Sonnenschein & Co. Lim., London; (The Macmillan Co., New York), 1900 (reeditada en 1992 por Routledge/Thoemmes Press), pp.381-382.

¹³ En Wimborne St. Giles, condado de Dorset, se halla una de las principales posesiones de la familia Shaftesbury. Anthony Ashley Cooper se vio obligado a pasar en ella largas temporadas de retiro a causa de la tisis asmática que padeció durante gran parte de su vida y que finalmente acabaría por consumirlo. Para una persona con graves afecciones pulmonares, más, si cabe, durante el periodo invernal, los humos generados por la combustión masiva de carbón de Londres hacían totalmente insoportable la vida en esta ciudad.

¹⁴ Adviértase que este párrafo ya ha aparecido en la carta precedente.

Supongo que te veré en St. Giles antes de que te vayas a donde tengas planeado. Sé prudente en mantener secreto lo que te confío por tu propio bien, y yo promoveré cordialmente tu buena empresa, como prometí, y rogaré a Dios que te conceda éxito, siendo, como lo soy, tu buen amigo y quien bien te desea,

SHAFTESBURY.

Para Michael Ainsworth, en la de Mr. Jones, Corhampton, Hampshire.

III

10 de noviembre de 1707

En verdad, si tu corazón se corresponde por entero con tu pluma, y si es que sientes a fondo esos buenos principios que has expresado, no puedo sino experimentar un gran aumento de afecto y estima por ti.

No imagines que te hago sospechoso de una cosa tan ruin como la hipocresía o virtud afectada: estoy totalmente convencido de que persigues y aspiras a lo que escribes. Mas, ¡ay!, tal es la desgracia de la *juventud*, y no solo de la juventud, sino de la naturaleza humana, que resulta mil veces más sencillo fraguar las más elevadas ideas sobre la virtud y la bondad que poner en práctica la mínima parte. Quizá sea ésta una de las razones principales por las que la virtud se practique tan mal; se confía demasiado en impresiones que al principio parecen muy intensas. Tendemos a suponer que lo que se muestra muy claro y nos impresiona con fuerza a primera vista seguramente perdure en nosotros. Nos lanzamos a la *especulación*; y, transcurrido un tiempo, cuando miramos hacia atrás y comprobamos con qué lentitud la alcanza la *práctica*, tanto más caemos en el desánimo cuanto más alto hubiéramos elevado nuestras miras.

Recuerda, por lo tanto, mantenerte dentro de los justos límites así como adaptar tu contemplación a lo que seas capaz de practicar. Porque existe un género de *ambición espiritual*: así, al leer a esos autores ciertamente divinos que algunas veces me has citado, he observado que muchos se han perdido por poner un empeño demasiado ferviente y vehemente en dicha perfección.

De todas formas, me alegro de que no seas tú una de esas almas insensibles incapaces de cualquier refinamiento espiritual. Me alegra saber que tú mismo te elevas por encima del rango de los espíritus sórdidos y sensuales que, aunque apartados y destinados a los *asuntos religiosos*, no entienden que exista nada preliminar a ello más allá de un poco de erudición y conocimiento de *formas*. Me alegra saber que tú piensas en una preparación, y en una disciplina del corazón y de la mente bien distintos a los de esa raza indolente y descuidada de hombres.

Veo que eres consciente de que existe otra clase de estudio, una meditación más profunda, apropiada para aquellos que han de dar ejemplo al género humano y aprestarse a exponer y enseñar esos preceptos breves y sumarios, y leyes divinas que nos han sido comunicados en mandamientos positivos por nuestro *sagrado* Legislador.

Es nuestra tarea y la de todos cuantos se hallan en el conocimiento por encima del pobre vulgo iletrado y laborioso, explicar, hasta donde sea posible, las razones de esas leyes; su conformidad con la ley de la naturaleza; lo convenientes que son para la sociedad, lo mismo que para la paz, la felicidad y dicha de nosotros mismos. Sólo entonces, en caso de que la fuerza de estos argumentos no pueda imponerse, resulta necesario que recurramos al *fuego y al azufre* y a cualesquiera otros castigos con los que la bondad divina (por nuestro bien) ha consentido atemorizarnos.

En nuestro interior, la tarea es *liberarnos* de acuerdo con esa *perfecta ley de la libertad* que se nos ordena *examinar*. Y estoy encantado de leer estas palabras tuyas, a saber, que estamos hechos para contemplar y amar a Dios *plenamente* y con un amor *libre* y voluntario. Pero comprobarás que esto es un misterio demasiado profundo para esas almas con las que tratas y que ves a tu alrededor. Apenas han oído hablar sobre lo que sea combatir sus apetitos y sentidos. Se consideran suficientemente justificados *como hombres*, y suficientemente capacitados como *hombres consagrados y profesores de Religión*; si es que pueden, con la ayuda de las circunstancias y la fortuna exterior, dominar las cosas hasta el punto de contener felizmente sus potentes deseos y apetitos dentro de los límites de las leyes humanas ordinarias. De ahí *aquellas seducciones de los objetos externos* (como tú bien señalas) que tan lejos están de rehusar, y que, antes bien, ensalzan y promueven por todos los medios posibles sin temor a añadir combustible a sus inflamados deseos en un corazón que no puede arder hacia Dios mientras no se sofocan aquellos otros fuegos.

Quiera Dios que, puesto que tú conoces esta mejor senda, esta pura y sagrada disciplina, puedas, además, seguirla, junto con esa vigilancia justa y piadosa de tu propio corazón, de manera que ni tus ojos ni ninguno de tus sentidos sean llevados a servirse a sí mismos o a cualquier cosa distinta de ese Creador que los hizo para su servicio, y en quien únicamente reside la felicidad y el descanso.

Te deseo bien, y me alegrará saber de ti.

IV

2 de abril de 1708

He recibido las tuyas cada semana y tus pensamientos me satisfacen mucho; no me cabe duda alguna de que son verdaderamente tuyos y naturales, lo mismo que tu manera de expresarlos: porque en esto querría que conserves una libertad completa, y que comuniques siempre tus sentimientos al desnudo, sin artificio u ornamento. Porque lo que yo busco es el *corazón*: y aunque en otros momentos te veas obligado a estudiar y practicar los ornamentos del estilo, cuanto menos los observes y cuanta más *sencillez* manifiestes al escribirme en privado, tanto mayor será mi satisfacción y más decoroso el papel que has de jugar.

Me agradaron en particular tus pensamientos y razonamientos sobre la libertad cristiana, así como el celo que manifestaste por ese noble principio merced al cual dejamos de ser esclavos y ganapanes en religión; así, al reconciliarnos con nuestro deber y con la excelencia de los preceptos y mandamientos que conducen absolutamente a nuestro bien y felicidad en todos los sentidos, nos convertimos en *servidores e hijos liberales de Dios*.

Cualquiera que sea el contratiempo que le sobrevenga, una mente así aliviada y liberada, con que contemple una sola vez su bien verdadero, a duras penas se le privará de él o caerá en el desánimo en su empeño. Solo el enemigo interior puede detenerlo. Porque, cuando una mente, liberada del *error voluntario* y de la *presunción auto-oscurecedora*, aspira a lo que es generoso y de mérito, nada, excepto lo que es vil y esclavo en el interior, puede amortecerla: nada, a no ser un ruín amor a la esclavitud interior y la adhesión a nuestros vicios y corrupciones, es capaz de causar esto.

En algunos, que están horriblemente degenerados, este sometimiento es completamente voluntario. Les guía el propio interés; sea uno privativo de ellos mismos o, en sociedad y confederación con alguna *facción* o *partido*, apoyando *finés temporales*. En este caso, aquél lleva la especiosa apariencia del *bien público*, sea *en la Iglesia o en el Estado*. Y, de este modo, a menudo es ocasión de una abierta negación de la razón y de una descarada oposición a la *gloriosa búsqueda de la verdad*.

En otros, la mera indolencia y la pereza o el apetito y el deseo sórdidos es lo que los dispone, sometiéndolos al poder del pecado y la ignorancia, a la *servidumbre política* a través de la *prostitución moral*. Ya que, cuando la tiranía del deseo desbordado y la pasión se consiente con indulgencia e incluso se considera una dicha, no resulta extraño que se le tenga en poca estima a la *libertad de pensamiento*. Toda cosa civil o espiritual de este género debe ignorarse o, mejor, examinarse con recelo y cautela.

Y es que una tiranía apoya a la otra: una esclavitud favorece y asiste a la otra. El vicio asiste a la superstición; un asistente muy provechoso. Por su parte, la superstición devuelve la gentileza y no será desagradecida. La superstición favorece la persecución y la persecución, la superstición.

El vicio y la falta de moderación es una persecución interior. Ahí es donde se inicia la violencia. Ahí, al principio, a *la verdad* se *la tiene por falta de rectitud*, y se persigue y encarcela lo $\gamma\nu\omicron\varsigma\omicron\nu$, *la razón, lo cognoscible, lo inteligible, la parte divina*. Con el tiempo, a los que se someten a esta tiranía no sólo les llega a gustar sino que la defienden, y consideran la ley de la virtud tiránica y contraria a la naturaleza.

Así sucede en los gobiernos absolutos del mundo: las naciones que se someten al régimen arbitrario aman también su forma de gobierno; si es que uno puede llamar *forma* a lo que no tiene ninguna e ignora, lo mismo que el vicio, la ley y el orden.

En este estado, la mente contribuye a hacer progresar la mala obra. Porque, una vez que la razón, como antagonista del vicio que es, se ha convertido en enemiga interna y ha perdido su parte en el alma, la de hacer frente a toda *pasión favorita*, al instante se le destierra a otra región, quedando bajo sospecha a cada

incurción que haga en la mente. Ahora se la injuria y maltrata. Se la considera *fantástica* en el entendimiento, *caprichosa* en sociedad, *sediciosa* en el Estado, *herética* en la Iglesia. Incluso en la Filosofía, sus propios dominios, no se la tiene como una de las mejores compañías: también aquí se venera a la autoridad como la guía más conveniente.

Éste es el temperamento que descubrimos en *ciertos lugares*, en los que, con todo, no escasean el ingenio, la sensibilidad ni *cierto género* de saber. De modo que aquellos que contemplen esos lugares y sean capaces tan sólo de hacer uso de sus ojos para observar *conductas y prácticas morales*, pueden ver con facilidad lo que hay en el fondo de todo esto.

Ciertamente resulta muy evidente que el origen de todo se halla en esos sordidos vicios de la indolencia, la pereza y la falta de moderación. Esto abre paso a la ambición: porque, ¿cómo podrían mantenerse y defenderse los primeros con tanto lustre sin un amplio poder temporal ni la sombra protectora de la autoridad? De ahí que en esos lugares se trate con tanta indulgencia esos *vicios matrices* y que la moderación y la virtud se contemplen con malos ojos, como si poseyesen *inclinaciones fanáticas*. Ya que, ¿acaso hay alguien que, siendo *moralmente libre* y habiendo afirmado su libertad interior, sea capaz de contemplar, sin un aborrecimiento y abominación secretos, la *verdad* así *retenida* y ahogados el ingenio y la razón?

Mas, sobre esto tú ya te hallas felizmente avisado, y no puedes malograrte ni desviarte merced a la impostura o asumiendo ningún género de formalidad o soberbia. Conoces tu libertad: haz uso de ella y sé libre. Pero utilízala como te corresponde, con la debida modestia y sumisión en cuanto a la conducta externa. Es al hombre interior al que hay que aliviar y rescatar de sus cadenas. Los demás no necesitan tu admonición: ni tampoco es ésta tu obligación, todo lo contrario. Basta con que evites el contagio: se trata de una empresa de gran importancia, y así te lo parecerá a ti si eres sincero en ello y te preocupas por *la cosa misma* y no por la *apariencia*. Porque la propensión a la censura y rectificación de los demás que nosotros tomamos como celo con frecuencia no es otra cosa que el engaño de la soberbia y la presunción que encuentra este modo de ocultarse y obrar sin ser descubierta.

Guárdate para ti tu virtud y honestidad: puesto que si realmente es tal no

padecerá por mantenerse en secreto. De este modo puedes permanecer a resguardo y, con el tiempo, quizá, ser útil a otros. Aprende a discurrir y razonar contigo mismo o tal y como honestamente lo haces en las cartas que me envías. No importunes a los demás ni te sientas incitado a mostrar tus sentimientos o a revelar verdades nobles y generosas a quienes no pueden soportarlas o a los que ya creen poseerlas.

Recuerda que lo principal de todo es la *libertad*: y domina pronto tu propio temperamento y apetitos. Cuando se subyuguen y dominen las imaginaciones caprichosas, las fantasías vanas y los pensamientos extravagantes de juventud ya habrá tiempo para especulaciones más elevadas. Entonces la religión no tendrá ya enemigo que se le oponga; y en lugar de la superstición y de todas las tiranías del mundo, en breve se dará con una tarea gozosa, la vida más dichosa de todas, bien distinta de la que comúnmente se suele representar.

Observa principalmente esta práctica: porque esto es algo que siempre te está permitido. Puedes empeñarte en ella en todo momento, incluso cuando se te nieguen los libros y la privacidad, y se te exija trabajo y servicio. Cuanto más servicial seas en este sentido, tanto más participarás de esa libertad principal que se aprende con la obediencia y la sumisión. Y, de este modo, incluso aquellos que con su altanería y rigor quisieren hacer de ti un esclavo e imponerte pensamientos serviles, contribuirán al máximo a tu *manumisión*; si es que, por su mal ejemplo, te enseñan (aun en modestia y humildad) a detestar al máximo su espíritu estrecho, perseguidor y amargado al que apoyan sus vicios, y te muestran con evidencia esa gran verdad de que *la tiranía no la puede ejercer más que quien ya es un esclavo*.

Así, pues, ten por seguro que, siempre que el corazón desdeñe esta *corrupción original*, la mente será su aliada; de modo que, liberándolo de todo cautiverio espiritual, lo dispondrá para progresar aun más; premiando a la virtud por sí misma. Porque *no puede haber otro premio a la virtud que lo que es del mismo género que ella*: nada puede añadirsele. Incluso el Cielo no puede ser en sí mismo otra cosa que la adición de gracia a la gracia, virtud a la virtud y conocimiento al conocimiento, gracias a lo cual podamos comprender cada vez más la *virtud principal* y la más alta excelencia, *Aquel que da y dispensa todo*: al cual te encomiendo y ruego que tus estudios puedan resultar eficaces. Adiós.

V

28 de enero de 1709

Pensaba la otra mañana qué habría sido de ti, y cuando ya casi me había decidido a preguntar en casa de tus padres recibí tu inesperada carta que tan buenas noticias me trajo de ti así como buena prueba de cuán bien habías empleado el tiempo durante tu dilatado silencio.

Cuando me preguntaste acerca de los *orígenes del saber* y sobre el manantial y fuente de las luces que poseemos tanto en *Moral* como en *Teología* resultó, sin duda, providencial que te hablase sobre la lengua *griega*. No me fue posible responderte engañosamente o a la ligera. No pude sino señalarte dónde reside el fontanar. Sin embargo, hasta donde alcanzo a recordar, no dejé que te desanimaras: ya que a través otros canales derivados de esas fuentes podías abastecerte lo suficiente del conocimiento que es necesario para el solemne papel que tienes a la vista.

Parece que me seguiste con gran atención y confianza, y decidiste no tomar ningún atajo. No obstante, apenas podría haber imaginado que en vez de reunir tus propias fuerzas y hacer acopio de tu energía y de lo que te resta de tu precioso tiempo para lo que queda de este otro lado, tú te atrevieses a hacer tu incursión por el otro. Pero, ya que Dios así lo quiere, sea: ruego a Dios que te favorezca en este osado empeño, y que, lo mismo que has tenido valor y gran arrojo en él, te conceda la gracia de la verdadera modestia y sencillez en todos los demás esfuerzos y acciones de tu vida.

Y, en verdad, así puede suceder naturalmente merced a la misma buena Providencia, toda vez que desde el mismo instante en que diste principio a esta empresa te introdujiste en una lectura tan excelente. Y si, como manifiestas en tu carta, el *Comentario de Simplicio*¹⁵ resulta de tu gusto, ya sólo eso es un buen

¹⁵ Simplicio (fl. 527-565), filósofo neoplatónico con influencias estoicas de Epicteto y perteneciente a la llamada escuela de Atenas. Su principal empeño fue el de una conciliación entre Platón y Aristóteles. De toda su producción se conservan precisamente sus comentarios a distintas obras de Aristóteles así como un comentario al *Manual* de Epicteto al que Shaftesbury alude en esta carta. Las ediciones del *Encheiridion* o *Manual* de Epicteto proliferaron en la época tanto en inglés

indicio de la *mejora* de tu alma y de tu *mente*; si es que se puede establecer bien esa distinción: porque, ¡ay!, todo lo que llamamos mejora de nuestras mentes en la especulación árida y vacua, todo conocimiento, o lo que sea, de *Teología* o cualquier otra ciencia, que no tienda directamente a volvernó *más honestos, más dulces, más justos y mejores*, en justicia mal puede llamarse tal. E incluso toda esa filosofía que se construye sobre la comparación y composición de *ideas* complejas, simples, reflexivas y toda esa barahúnda y zumbido de los metafísicos, todo ese pretendido estudio y ciencia de la naturaleza llamada Filosofía Natural, sea *aristotélica, cartesiana* o lo que se quiera, todas esas elevadas contemplaciones de los astros, las esferas y los planetas, y el resto de áreas curiosas del saber, tan lejos están de constituir mejoras necesarias para la mente, que sin el máximo cuidado sólo sirven para henchirla de vanagloria y necedad, y para afianzar más a los hombres en su ignorancia y vicios.

Esto me trae el recuerdo de una pequeña obrita de verdadero saber, creo que generalmente encuadrada junto a Simplicio y Epicteto.¹⁶ Se trata del *Retablo* (o cuadro) *de Cebes el Socrático*,¹⁷ el discípulo mayor de Platón. Me gustaría que estudiaras esta obra áurea, y que la aprendieras de memoria; además, el *griego* es puro y excelente. De este modo, gracias este cuadro, entenderás mejor lo que insinúo, y distinguirás el *verdadero saber* de lo que falsamente circula bajo el nombre de sabiduría y ciencia.

como en latín y griego. De las primeras, merecen la pena destacarse las llevadas a cabo en traducción de George Stanhope, *Epictectus, his Morals, with Simplicius, his comment*, de 1694 la primera y 1700 la segunda. Decimos «merece la pena» puesto que Shaftesbury llegaría a establecer estrechos lazos de amistad con un miembro de la familia Stanhope, el general James Stanhope, cuáquero y hombre de refinada cultura, a quien el filósofo hizo confidente de sus más íntimos pensamientos. En relación con las segundas, contamos con una de 1670 que muy bien pudiera haber sido la que Ainsworth tuviese en sus manos: *Epicteti stoici philosophi Enchiridion: unà cum Cebetis Thebani Tabula, quibus adjiciuntur hac editione simplicii comentarius in Enchiridion Epicteti item Arriani Commentariorum de Epicteti, Lib. IV.*

¹⁶ Epicteto (ca. 50-138), filósofo estoico de la época imperial o «nuevo estoicismo». Sus pensamientos fueron recogidos por su discípulo Arriano en dos obras, el *Encheiridion (Manual)* y las *Diatribas*.

¹⁷ Shaftesbury cree bien dado que la mayor parte de las ediciones del *Retablo* en lengua griega y latina disponibles a la sazón en Inglaterra iban acompañadas en su mayor parte por el *Manual* de Epicteto y el correspondiente comentario de Simplicio (*vide* nota 15).

En cuanto al *divino Platón*, no quisiera que pases todavía de uno o dos diálogos; el *primer y segundo Alcibiades*. Y es que a partir de ahora yo te dirigiré y asistiré todo lo que pueda, de manera que avances por grados y no te encuentres con obstáculos insalvables en tu camino o con lo que, en vez de hacerte progresar, pueda demorararte.

Lee estas obras una y otra vez. Suspende por un tiempo la lectura de Epicte-to: y de Marco Aurelio¹⁸ lee sólo lo que entiendas a la perfección. No indagues en ningún comentador; no obstante tenga dos muy eruditos, Gataker¹⁹ y Casaubon:²⁰ en modo alguno estudies, y ni siquiera reflexiones, sobre cualquier pasaje que presente alguna dificultad o resistencia; antes bien, como te digo, límitate a los pasajes claros y fáciles que puedas señalar, copiar y, así, utilizar de tiempo en tiempo mientras camines o pasees. Porque advierto que sacas buen partido a tu tiempo y que procuras aprovechar cada momento; de no ser así, jamás podrías haber adelantado tanto tan de repente como lo has hecho.

Mas, en este caso habrás de cuidar tu salud, moviéndote y habituándote a hacer ejercicio, lo cual que me lleva a hablar de *pasear*. Y es que, cuando el cuerpo padece, la mente, en algún sentido, [también] lo hace. Es así que los estudiantes demasiado vehementes y que descuidan esta obligación lastiman su salud

¹⁸ Marco Aurelio Antonino (121-180), emperador romano desde 161, principal representante del denominado «nuevo estoicismo» o «estoicismo imperial». Sus *Meditaciones* parecen haber sido una de las principales fuentes de inspiración filosófica para Shaftesbury, quizá por su mayor carácter «político» o de apertura al espacio de lo público frente al excesivo intimismo o el difuso e impracticable «cosmopolitismo» característicos del estoicismo de la época.

¹⁹ Thomas Gataker (1574-1654) publicó en Cambridge en 1652 una edición greco-latina comentada e indizada de las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Tras ésta, se sucederían otras. La segunda, de Londres, es del año 1697 (ed. Edward Millington). En 1701 la autoridad de Gataker seguía vigente como prueba la versión inglesa de las *Meditaciones* de Jeremy Collier, quien no dudó en conservar, traducido, su estudio preliminar («Together with the preliminary discourse of the learned Gataker»). Esta misma traducción fue objeto de varias reediciones más, manteniéndose siempre el mencionado preámbulo.

²⁰ Merico Florentio Casaubon (1699-1671), erudito suizo, hijo de Isaac Casaubon (1559-1614), bibliotecario de Enrique IV de Francia y comentador de autores clásicos de cierto prestigio, con quien se trasladó a Inglaterra. Sus ediciones comentadas de las *Meditaciones* de Marco Aurelio alcanzaron cierta fama: *M. Aurelius Antoninus, meditations concerning himself*, Londres, 1634; *Markou Antoninou autokratoros ton eis eauton bib. 12 = Marci Antonini imperatoris De seipso et ad seipsum libri XII (...) in Antonini libros notas & emendationes adjecit Mericus Casaubonus*, Londini, Typis M.Fleshner: sumptibus R. Mynne, 1643.

y temperamento. El segundo de los cuales ejerce una deplorable influencia en sus mentes; los transforma en malos recipientes que agrían todo lo que se introduce en ellos por muy buen género que sea. Y es que en ninguna otra circunstancia nos es más necesaria una justa alegría, el *buen humor* o la alacridad de la mente que mientras contemplamos a Dios y la virtud.²¹ De manera que una de las causas de la severidad y rudeza de la *teología* de algunos hombres puede atribuirse [al hecho de que] en su hábito mental, y merced a ese temperamento tan abatido y dolorido que contraen en sus arduos estudios, construyan en buena medida *la idea de Dios* según el patrón de su propio espíritu amargado.

²¹ El tratamiento que del “buen humor” hace Shaftesbury en sus escritos (sus obras fundamentales a este respecto son *Carta sobre el entusiasmo* y, sobre todo, *Sensus Communis. Ensayo sobre la libertad de ingenio y buen humor*) suscitó en su tiempo y sigue suscitando hoy día gran atracción. Se trata de uno de sus temas estelares que lo conectan con la tradición de la ironía socrática (cfr. ANSELMONT, Raymond, «Socrates and The Clouds: Shaftesbury and A Socratic Tradition» *Journal of the History of Ideas*, 39, [1978], EEUU, 171-182). En el pensador británico, uno de los pioneros en su consideración filosófica, el concepto adquiere el carácter de categoría antropológica fundamental en tanto que disposición anímico-racional (afecto e ingenio) de la inteligencia humana en su acceso al correcto conocimiento del mundo. Expresado *more kantiano* puede decirse que Shaftesbury contempla el «buen humor» como condición de posibilidad de verdad, ya sea moral, religiosa, artística o científica. Una disposición que permite acceder a la comprensión del rasgo manifestativo esencial de todo lo verdadero: orden, proporción, armonía, belleza (o, expresado en sentido negativo, detectar la deformidad, desproporción y disimetría propios de lo falso, i. e., lo «ridículo»). Es importante subrayar su componente sentimental ya que, en tanto que afecto, el «buen humor» es lo que facilita que el hombre sintonice con las cosas, con toda la realidad en una suerte de acto de simpatía sin el cual aquel acceso cognoscitivo no podría darse. La relevancia del buen humor en Shaftesbury se amplía al espacio de lo social y político en tanto que utilidad necesaria para la realización de la meta de la reforma moral de la sociedad, fundamento y fin último de la comunidad política. Una utilidad cuyo pleno desarrollo adecuado (frente a su incorrecto cultivo, del cual tanto la chocarrería como la bufonada o la mera chanza defensiva serían algunas de sus manifestaciones distorsionadas) sólo se alcanza en condiciones de plena ausencia de restricciones o *libertad pública*.

A este respecto, pueden consultarse un buen número de fuentes, entre las que cabe destacar los trabajos de Alfred Owen Aldridge (principalmente en «Shaftesbury and the deist manifesto», *Transactions of the American Philosophical Society*, 41/Part 2, [1951], 297-385, pp. 368-369, así como todo su artículo anterior «Shaftesbury and the Test of Truth», *Publications of the Modern Language Association of America*, 60/1, [1945], 129-156). Otros estudios dignos de consulta son los de LARTHOMAS, Jean-Paul, «Humour et enthousiasme chez Lord Shaftesbury (1671-1713)», *Archives de Philosophie, Archives de Philosophie*, 49/3, (1986), 355-373; URREA RESTREPO, Ana María, «Shaftesbury: *Sensus Communis* y humor en la filosofía», *Universitas philosophica*, 28, (1997), 11-28; y ANDRÉU, Agustín, en su estudio introductorio a SHAFTESBURY, A. A. C., *Sensus Communis. Ensayo sobre la libertad de ingenio y humor*, Pre-textos, Valencia, 1995, pp. 29-117.

Pero, como [te] venía diciendo a propósito de tu progreso, es mejor que leas en pequeñas dosis lo bueno, excelente y de fácil comprensión (sin embarazo o dificultad en cuanto a la especulación) que *mucho* en *muchos*.

Así, después de haberte recluido en *tres* de los autores que mencionas, y tras fijar tus límites, paso al *cuarto*, Luciano;²² de quien también sólo quiero que leas, bien que por una razón muy distinta, [algunos pasajes] aquí y allá. Porque, aunque se trate de uno de los escritores más refinados de la época tardía, es el único que se ha presentado como el *arrendajo* en la fábula, con los despojos de aquellas obras excelentes y divinas en forma de *diálogo* (en la que escribieron todos los filósofos de la antigüedad), cuya mayor parte se encuentra hoy extraviada y destruida: aunque me temo que la verdadera razón por la que se preservó a Luciano antes que a ningún otro fue la envidia de la Iglesia *cristiana*, que no tardó en corromperse, y que, al constatar que este autor era verdaderamente profano y se mofaba de todas las religiones y de la suya, le complació tolerar su inmoralidad así como estilo y modales disolutos, sólo por tener la satisfacción de ver cómo un pagano ridiculizaba la religión pagana y cómo un miserable, sin duda, el más profano e impío, vilipendiaba monstruosamente a los mejores y más piadosos escritores (injustamente llamados profanos); alguien que, también en las obras que se conservan de él en el mismo libro, trata al mismo tiempo a Moisés, a nuestro Salvador y a toda la *religión cristiana* con tanto desprecio como a la suya. En consecuencia, como sus diálogos de cortesanos son horriblemente viciosos, licenciosos y contrarios a todas las buenas costumbres, los de *dioses*, mera mofa, y los improprios que dirige a Platón, Sócrates y al resto de aquellos divinos paganos, tan injustos y malvados como ciertamente miserables y ridículos lo son, en modo alguno quisiera que aprendieras *griego* a ese precio. Algunos de los diálogos reunidos [en el mismo volumen] no son de Luciano: éstos son los mejores. Entre ellos, uno sobre los *cétricos* (a los que tanto injuria él por todas partes), según yo lo entiendo: hay, aparte, algunos tratados agradables, todos ellos en un *griego* puro.

²² Luciano de Samosata (ca. 125-180) escribió demoleedores diálogos satíricos contra la religión y los filósofos. Abogó por una renuncia a la Filosofía en favor del sentido común. Únicamente escépticos y cínicos merecieron algún elogio por parte de su pluma. Un buen número de ediciones de los *Diálogos* de Luciano tanto en griego como en latín e inglés estaban a disposición de los lectores por el tiempo en que Shaftesbury escribió esta carta. Algunas de las fechas de las mismas son 1671, 1677, 1678, 1685, 1704, etc.

Existe, no obstante, una cuestión importante y esencial de la mayor trascendencia para nuestras almas y mentes en orden a preservarlas del contagio del *placer*. Y para mostrarte que en esto no soy yo un imitador de la severa *raza ascética y monástica de los teólogos* ni alguien que admire nada que se parezca a una *restricción* al conocimiento, al saber o a la especulación, considera esto que te voy a decir y retrocede en tu reflexión hasta aquel pequeño destello de ingenio que asomó en tu infancia; me refiero al arte de pintar. De haber sido tú uno de esos artistas del más noble género que pintan la historia, las acciones y la naturaleza, y si yo te hubiese enviado a Italia o a cualquier otro sitio para aprender el estilo y modo de los grandes maestros; ¿qué consejo, crees, te debería haber dado?; quiero decir, ¿*qué consejo?*, no como *cristiano, filósofo* u *hombre de virtud*, sino simplemente como amante del arte; y aun suponiendo que yo hubiese llevado siempre una vida muy viciosa, y mi intención al enviarte al exterior no hubiese sido otra que la de adquirir cuadros y dotarte de un estilo magistral en el género para hacer uso de él luego en mi propio provecho y para adornar mi casa: casi con toda certeza mi consejo hubiese sido este: (y así te habría amonestado cualquier otro señor o patrón con *sentido común*.)

«Ahora vas a aprender lo que es excelente y bello en pintura. Irás allí donde abundan pinturas de muy distintas manos, muy variadas en su modo y estilo. Hallarás gran número de jueces de diferente opinión: así, los peores maestros, las peores obras, los peores estilos y maneras contarán con sus admiradores. ¿Cómo deberás formar tu gusto? ¿Por qué medios llegarás a adquirir tú mismo una correcta admiración y a alabar e imitar sólo lo que es verdaderamente exquisito y bueno en el género? Si tú sigues tu fantasía y propensión inmediata; si fijas tu mirada en aquello que más te impresiona y deleita a primera vista, es probable que nunca llegues a tener buen ojo. Te desviarás, y tendrás una fantasía florida, vistosa y necia; cualquier obra obscena y cursi de pintura burda te impresionará más que la más majestuosa y pura del maestro más sobrio; te convencerá más un estilo flamenco o francés que un verdadero italiano.

Entonces ¿cómo habremos de proceder en este caso? Por supuesto que así: (porque, ¿qué otra cosa se puede hacer?) Haz que sea una norma estricta para ti la contención de tu propia mirada y fantasía, la cual conduce naturalmente hacia lo festivo, y oriéntala con energía hacia aquello sobre lo que al principio no cuida detenerse. Asegúrate de pasar de largo en toda ocasión en que cualquier obra fútil de tipo negligente y descuidado pueda detener tu mirada; y selecciona las más nobles, magistrales y ela-

boradas de aquellos virtuosos reconocidos²³ y a los que admiren todos los que lo sean. Si no encuentras gracia o encanto alguno a primera vista, sigue mirando, prosigue observando todo lo que buenamente puedas: y, cuando hayas adquirido un vislumbre, perfecciónalo, imítalo, cultiva la idea y trabaja hasta que tú mismo te hayas labrado un gusto correcto y adquirido un sabor y comprensión de lo que de verdad es bello en el género».

Esto es lo que cualquier maestro o patrón normal poseedor de un buen sentido común te habría dicho en relación a tu empresa en pintura: y esto es lo que yo ahora te digo sobre tu *gran empresa en el conocimiento y el saber*. Ésta es la razón por la que te grito contra el *placer*, para que estés avisado de las sendas que conducen al conocimiento y juicio incorrectos sobre lo que es *supremamente bello y bueno*.

Pretendes y esperas conocer a Dios y la bondad, en los que sólo se halla la verdadera dicha y bien. El modo de llegar a esto no consiste en que apartes tus ojos, te ocultes o permanezcas en la oscuridad, aguardando visiones. No, no es necesario que te justifiques (como haces) por querer leer a Orígenes²⁴, el buen *padre* y el mejor de todos los que así llaman. Tienes mi aprobación para leer no sólo a Orígenes sino incluso al mismo Celso²⁵, que era *pagano* y escribió celosa-

²³ El término «virtuoso» pasó al inglés procedente del italiano hacia 1651, ya desprendido de toda connotación moral y restringido al espacio de las artes y de la ciencia: conocimiento y maestría en la acción o interpretación artística. Éste es también el significado principal del concepto hoy día. Shaftesbury, no obstante, intentará devolverle su más amplio sentido originario a través del desarrollo de su propia filosofía moral y política estableciendo una estricta equivalencia entre las ideas de artista y sujeto moral, autor de su propia vida, y entre las de artista y político, autor e intérprete de la cosa pública.

²⁴ Orígenes de Alejandría (186/5-254), discípulo de San Clemente y quizá de Ammonio Saccas, maestro de Plotino. Su obra supone una continuación de la del primero como incorporación de la tradición filosófica griega al cristianismo. El principio que guía toda su reflexión es el de la necesidad de «explicar y aclarar» todo lo que los apóstoles han afirmado sin excluir materia o punto alguno. De entre sus obras merece la pena destacar tanto su *Acerca de los principios* así como su apología del cristianismo *Contra Celso* a la que se alude en el texto y de la que estaban disponibles varias ediciones en griego, latín e inglés (1658, 1660, 1677, etc.).

²⁵ Celso (fl.170), filósofo latino platónico con rasgos dualistas muy marcados que le llevan a subrayar el carácter trascendente del espacio divino, aspecto sólo atenuado por una compleja doctrina demonológica en la que establece una extensa jerarquía de espíritus demiúrgicos. Combatió a los cristianos con cierto enconamiento según se desprende de los numerosos fragmentos suyos conservados en la obra de Orígenes, así como en su *Doctrina verdadera*.

mente contra los mismos *cristianos* a los que Orígenes defiende. No te pido ni mucho menos que rehúyas libros heréticos o paganos en los que se muestren las buenas costumbres, la honestidad y la clara razón. Ahora bien, allí donde aparezcan el vicio, las malas costumbres, el ingenio grosero y la bufonería, el prejuicio es justo: manifiéstate en contra de tales autores, evítalos y condénalos.

Ponte a resguardo y mantén despejados tu *mirada* y *juicio*. Porque si el ojo no se abre a todos los espectáculos bellos y hermosos ¿cómo aprenderías lo que es *hermoso* y *elegante*? Alabarías a Dios: mas ¿cómo lo alabarías? Y ¿por qué?; ¿conoces ya lo que es la verdadera excelencia? Los *atributos*, como tú los llamas, que has aprendido en tu *catecismo* o en las más elevadas escuelas de los escolásticos y teólogos, lo atributos, digo, de la justicia, la bondad, la sabiduría y similares, ¿los entiendes realmente? O, ¿es que hablas sobre esto de memoria?; si es así, ¿no es acaso esto poner nombres a Dios, y no alabar, honrarlo ni glorificarlo? Si el Apóstol hace un llamamiento a todo lo que es *digno de ser amado*, a todo lo que es *honesto* (o decoroso), a todo lo que es *virtud* o *merecedor de alabanza*, ¿cómo entenderemos su llamamiento antes de haber estudiado? O ¿será que conocemos estas cosas desde nuestra cuna? Visto que desde que tenemos uso de razón jamás nos hemos tomado la molestia de preguntar y hemos dado por supuesto que éramos conocedores de la materia: lo cual, no obstante, resulta imposible sin filosofía: de modo que, cuando, sin filosofía, hacemos uso de estos elevados términos y alabamos a DIOS con estos *caracteres filosóficos*, puede que seamos muy buenos, piadosos y bienintencionados, mas, ciertamente, poco más somos que *loros devotos*.

Volvamos, pues, al *cuadro* y al consejo que te voy a dar en tu estudio de ese pincel principal y magistral que ha pintado todas las cosas y expuesto esta *obra maestra de la naturaleza*, este mundo o universo. Lo primero es que prepares y aclares tu *mirada*, que tu ojo sea *sencillo*, puro, permanezca incorrupto y que esté dispuesto y en condiciones de recibir esa luz que va a brillar en él. Esto se alcanza con la virtud, la templanza, la modestia y la sinceridad. Abriendo camino de este modo, manteniendo tu determinación hacia la verdad y siendo consciente de que mientras busques la verdad no puedes ofender *al Dios de la verdad*, no temas contemplar y compararlo *todo*. Porque, sin la comparación de lo *falso* con lo *verdadero*, de lo *feo* con lo *bello*, de lo *sombrio* y oscuro con lo *brillante* y luminoso, no podemos medir nada, ni aprehender cosa alguna que sea excelente. Lo mismo da que seamos *paganos*, *gentiles*, *turcos* o cualquier otra cosa, si, encontrán-

donos en Constantinopla, Ispahan o dondequiera que se halle el asiento de un gran imperio, rehusamos examinar los autores *cristianos* o escuchar a sus sobrios apologistas en razón de que son contrarios a la historia que se nos ha impuesto con su consecuente destrucción e invalidación de cualquier otra historia o filosofía.

Mas, apartado este temor absolutamente indigno de Dios y que tanto devalúa su patrón de razón que ha puesto en nosotros, nuestra próxima ocupación será la de examinar con imparcialidad todos los autores, considerar todas las naciones y todas las partes del saber y de la vida humana a fin de buscar y dar con el verdadero *pulchrum*, lo *honestum*, lo *καλόν*: por cuyo modelo y medida podemos conocer a Dios; de modo que, una vez que hayamos aprendido qué es lo que es digno de alabanza, saber cómo alabarlo.

Que tu búsqueda sea ésta, con estos medios y del modo que te he mostrado. Ve tras lo *καλόν* en todas las cosas, comenzando tan abajo como las plantas, los campos e incluso las artes comunes del género humano para ver qué es bello y qué no. De esta manera, y merced a las fuentes originales a que has llegado, alcanzarás para ti, de la mano de la Providencia, la belleza y la verdadera sabiduría; siendo fiel a la virtud: que Dios te permita prosperar.

VI

8 de febrero de 1709

Alabo tu honesta libertad; por eso te recomiendo en su ejercicio el seguimiento de los mismos principios que tan honesta y naturalmente has incorporado a la reserva que se te ha otorgado: que Dios le conceda una vida verdadera y aumento.

Llegará un tiempo en que tu mayor inquietud provenga de esa vieja dificultad *πόθεν τὸ κακόν*. Mas, una vez que te hayas hecho bien a los preceptos y especulación que aporta la visión de este noble contrario (*τὸ καλόν*) descansarás satisfecho. Mientras tanto, convéncete de que la sabiduría está más en el *corazón* que en la *cabeza*. *Siente* la bondad, y verás todas las cosas bellas y buenas.

Que tu principal empeño sea familiarizarte con lo que es *bueno*, de manera que, al contemplar perfectamente con la ayuda de la razón qué es el *bien* y qué el *mal*, puedas probar si lo que viene de la revelación es o no es perfectamente bueno y acorde con este modelo. Porque, de ser así, el propio fin del evangelio prueba su verdad. Y lo que para los vulgares es cognoscible a través de milagros y se puede enseñar por medio de preceptos y órdenes positivas, para los sabios y virtuosos es demostrable por la naturaleza de la cosa. Así pues, ¿cómo podemos dejar de asentir a esas doctrinas y a esa revelación que se nos envía reforzada con milagros y prodigios? Sin embargo, para nosotros, la verdadera piedra de toque y prueba de la divinidad y verdad de esa revelación proviene de la excelencia de las cosas reveladas: de otro modo, los prodigios mismos tendrían poco efecto o poder: ni podría confiarse por completo en ellos, incluso aunque se estuviese tan próximo a ellos como los que vivieron hace más de mil años, cuando su impresión en la memoria de los hombres era reciente y vívida. Esto es lo único que puede justificar nuestra tranquilidad en la fe, y en este respecto jamás podemos ser excesivamente sumisos, condescendientes o complacientes.²⁶

Entre tanto, que tu ojo sea *sencillo*; llévalo de lo ἄθεον a lo θεῖον. Contempla a Dios en la bondad y en obras tuyas que posean ese carácter. Convive con la honestidad, la belleza y el orden: estudia y ama lo que es de este género, y con el tiempo conocerás y amarás al Autor. Adiós.

VII

5 de mayo de 1709

Me satisface mucho cómo me escribes: te ruego que prosigas haciéndolo.

²⁶ Estamos ante una de las más claras expresiones de la teología racional propugnada por Shaftesbury. Se trata del mismo principio que caracteriza al latitudinarismo (*vide* nota 3) pero superándolo en su afirmación de la razonabilidad de la verdad religiosa: no es que razón y revelación armonicen o enseñen lo mismo, antes bien, la razón toma preeminencia sobre la revelación y es criterio de la verdad religiosa mostrada por ésta. Una razón que es primordialmente verdad moral. Esta verdad es plenamente autónoma de la religión y termina por adueñarse del espacio de la revelación decidiendo últimamente qué es y qué no genuina manifestación de la divinidad.

Me gustan tu opinión y pensamientos sobre los libros que mencionas. La exposición de los *artículos* del obispo de Salisbury²⁷ bien merece, sin duda, tu estudio. Nadie puede aclarar mejor el significado de la Iglesia que aquél que, tras los primeros fundadores, constituye su mayor pilar; el que mejor explicó y expuso la misma Reforma; alguien que fue agente principal en su salvación del papismo antes y durante la Revolución,²⁸ y que en este instante constituye el más verdadero ejemplo del *episcopado laborioso, primitivo, piadoso e instruido*. Ciertamente, el antídoto que te recomendaron resultaba, como tú mismo subrayas, muy absurdo; así que te ruego que no te impliques mucho en *controversia* de ninguna clase.

Basta con que leas *Contra el papismo* de Chillingworth,²⁹ obra que te enseñará el mejor estilo de esa teología polémica. Basta con leer lo que *es bueno*; y lo que halles *malo*, apártalo. El bien que leas será suficiente prevención y previsión contra cualquier mal que por azar y de modo imperceptible pueda cruzarse en tu camino. Llénate de bien y contarás en tu interior con respuesta suficiente para hacer frente al *mal*, de modo que, por una suerte de instinto, al instante podrás discernir el uno del otro.

Siempre que mantengas tu propio corazón honesto y puedas elevarlo hacia el *Dios de la verdad*, en tanto que buscando eso y *sólo eso*, confía en él. Mas, guárdate de disputar y del espíritu de controversia: porque más daño se obtiene de una agria respuesta feroz a un mal libro que del mismo libro, por muy malo que sea. Así que te pido encarecidamente que no te olvides de evitar los autores de controversia.

Si en su pureza los *antiguos* están aún fuera de tu alcance, estudia a los *modernos* que más se les aproximen. Si no puedes ocuparte de los más antiguos, sírverte de los más modernos. Porque los autores de la Edad Media y todo ese tipo de

²⁷ Gilbert Burnet (1643-1715), obispo de Salisbury (la romana SARVM), (*vide nota 3*). Aquí se refiere a su *An exposition of the Thirty-nine articles of the Church of England*, London, Printed by R. Roberts, for Ri. Chiswell..., 1699.

²⁸ La Gloriosa de 1688/9.

²⁹ (*Vide nota 3*). Chillingworth fue un autor muy prolijo. La obra a la que está aludiendo Shaftesbury aquí es su *Reasons against popery: in a letter from Mr. William Chillingworth, to his friend Mr. Lewger, persuading him to return to his mother, the Church of England, from the corrupt Church of Rome*, Second Edition, London, Printed for Robert Pawlet, 1673.

filosofía y teología te será de poco provecho. Adquiere la pureza del *inglés*, tu propia lengua, y lee todo lo que circule y que se tenga por refinado o bien escrito. Puedes darme cuenta de esto.

Mientras tanto, celebro que leas a esos teólogos modernos de nuestra nación de los últimos tiempos que se destacaron por la *moderación* y el principio *cris-
tiano* de la *caridad* y la *tolerancia*.

Actúa según te dicte tu *genio*: si eres virtuoso y bueno, te guiará correctamente. Pero sea lo que fuere lo que elijeres o leyeres, antiguo o moderno, o cualquier cambio de opinión o de rumbo de estudio que efectúes; comunícate, yo te escucharé de buena gana y te aconsejaré lo mejor que sepa.

Creo que tu genio te ha sugerido bien en relación con un pequeño panfleto³⁰ que, parece ser, se vende normalmente junto con las últimas reflexiones que se han escrito sobre el mismo. De éstas, en caso de que sean breves, no pretendo excluirte por una vez, antes bien, me gustaría que atiendas a lo que se responde no sea que te veas errado o dubitativo en relación con la verdad. Por mi parte, no puedo sino pensar de corazón que el autor del panfleto (cualquiera que sea el aire de humor que pueda asumir para complacer más al mundo refinado) es totalmente sincero con la virtud y la religión e incluso con el interés de nuestra Iglesia. Porque muchos de nuestros modernos defensores de la tolerancia parece que nos han dejado desprovistos de lo que él llama *una guía pública* o *ministerio*; idea que él toma como mero entusiasmo u horrible irreligión. Ya que, en verdad, no puede abandonarse la religión a su suerte sin la atención y protección del magistrado. Sin embargo, en las observaciones o reflexiones descubro que los que responden apenas captan este sentido claro de una *guía*, que creen que únicamente significa *tener cogido por las narices*. Muy excelentes son estos caballeros perfeccionando el ridículo contra sí mismos. No les importa quién defienda la religión o cómo la defiendan, si no es *a su manera*. Claman ante el aluvión de escepticismo que irrumpe y nos domina en esta ingeniosa edad de conocimiento, y, sin embargo, no permitirán ningún remedio apropiado al caso, ninguna dedicación al mundo más cortés, refinada, abierta y libre. Ellos, por su parte

³⁰ Puede que se trate de la obra del propio Shaftesbury *Sensus Communis: An Essay on the Freedom of Wit and Humour* publicada en mayo de 1709.

(prueba de ello el Dr. A —y contra el buen Mr. H—y) han defendido la virtud sobre principios mucho más bajos, falsos y destructivos que Epicuro, Demócrito, Aristipo o cualquiera de los antiguos ateos. Han subvertido toda moralidad, todos los fundamentos de la honestidad y suplantado toda la doctrina de nuestro Salvador con el pretexto de magnificar su revelación. En Filosofía renuncian a todos los fundamentos, a todos los principios de la sociedad y a los mejores argumentos para probar la existencia de una *Deidad*. Y, a propósito, este panfleto del que tanto se ofenden, es tan enérgico en este punto que el autor afirma [la existencia de] la *Deidad* incluso a partir de su *idea innata*, y de la fuerza de esta noción aún entre los propios ateos, con la mismísima aprobación de Epicuro y de aquella secta. — Pero basta ya. Continúa informándome sobre tu lectura de nuevos libros: y que DIOS esté contigo.

VIII

3 de junio de 1709

Recibí la tuya después de tu recuperación, cosa que me alegra saber. El nuevo libro que has descubierto y su resumen me produjeron gran satisfacción. Quizá no estén fuera de lugar tus conjeturas sobre él. Los principios del Dr. Tindal,³¹ sean cuales fueren en lo tocante al gobierno de la Iglesia, en relación a la Filosofía y a la Teología, se apartan mucho de los autores de la rapsodia³².

En verdad, lo que en general ha sucedido es que todos los que hoy día llaman *escritores libres* han adoptado los principios que Mr. Hobbes erigió en los últimos tiempos. Mr. Locke, tanto cuanto le honro por otros escritos (esto es, sobre el gobierno, la política, el comercio, la moneda, la educación, la tolerancia, etc.) y en la medida en que lo conocí y puedo responder de su sinceridad como el más celoso *cristiano* y creyente, marchó, no obstante, en la misma dirección, y tras él van todos los Tindales y el resto de ingeniosos autores libres de nuestro tiempo.

³¹ El *freethinker* Matthew Tindal (1657-1733), autor de *Christianity as Old as the Creation* (1730).

³² Shaftesbury hace mención aquí de su propia obra publicada en enero de 1709, *The Moralists, a Philosophical Rhapsody*.

Fue Mr. Locke quien dio en el clavo: porque el carácter y los bajos principios esclavos de Hobbes en relación con el gobierno le quitaron el veneno a su filosofía. Fue Mr. Locke quien atacó todos los fundamentos, quien expulsó todo orden y virtud fuera del mundo, el que *desnaturalizó* sus mismas ideas (que son las mismas que las de Dios) dejándolas sin fundamento en nuestras mentes. *Innato* es una palabra que él explota miserablemente; la palabra correcta, aunque se emplee menos, es *connatural*. Ya que, ¿qué tiene que ver el nacimiento o el desarrollo del feto fuera del útero con esto? La cuestión no es la de en qué instante entraron las *ideas* o el momento en que un cuerpo salió de otro, sino si la constitución del hombre es tal que, una vez adulto y crecido, en tal o cual momento, más tarde o más temprano (no importa cuándo) la idea y sentido del orden, del gobierno y de un Dios, surge o no necesariamente en él.

Entonces llega el crédulo de Mr. Locke con sus relatos *indios* y bárbaros de naciones salvajes que no poseen esa idea (¡según le han informado viajeros, autores instruidos, hombres de confianza y grandes filósofos!) sin caer en la cuenta de que sólo se trata de una *negación de oídas*, y tan circunstanciada, que la fe del *negador* indio puede cuestionarse tanto como la veracidad o el juicio del narrador; de quien no se puede suponer que conozca suficientemente los misterios y secretos de aquellos bárbaros: cuya lengua sólo conocen de manera imperfecta; y a quienes nosotros, los buenos cristianos, merced a nuestra miserable misericordia hemos dado razón suficiente para ocultarnos muchos secretos, tal y como sabemos que ha acontecido en concreto en relación con ciertas hierbas medicinales y plantas, entre las cuales, aunque logramos hacernos con la quina y algunos otros remedios nobles, también es cierto que, según ellos mismos han reconocido, por la crueldad de los españoles se han destruido muchos secretos en materia medicinal.

Pero Mr. Locke, que tenía más fe y estaba más instruido en los *maravillosos escritores* modernos que en la filosofía antigua, rechazó un argumento para probar la *Deidad* que Cicerón (bien que era un *escéptico* declarado) no refutaría y que incluso los principales filósofos ateos de la Antigüedad admitieron y sólo resolvieron con su *primus in orbe Deos fecit timor*³³.

³³ *Lo primero que crearon los dioses en el mundo fue el miedo* (la frase es de Petronio).

Así, de acuerdo con Mr. Locke, la virtud no tiene otra medida, ley o norma que la *moda* y la *costumbre*; la moralidad, la justicia, la equidad, dependen únicamente de la *ley* y la *voluntad*, y Dios, ciertamente, es en este sentido un *agente libre* perfecto, es decir, *libre para cualquier cosa, por muy mala que sea*: porque si Él lo quiere aquélla se transformará en buena; si le place, la virtud puede ser vicio y el vicio, a su vez, virtud. Y, de esta manera, ni lo *correcto* ni lo *incorrecto*, ni la *virtud* ni el *vicio*, son nada en sí mismos; ni existe rastro o idea alguna de ellos *impresa de modo natural* en las mentes humanas. ¡La experiencia y nuestro catecismo nos enseñan todo! Supongo que algo de este género es lo que les enseña a las aves a hacer sus nidos y a volar en el instante preciso en que les salen plumas. Tu Theocles³⁴, a quien tanto alabas, se ríe de esto y, con tanta modestia como le es posible, pregunta a un *lockista* si la idea de *mujer* (y lo que en ella se persigue) no la enseñará y dictará también al hombre algún catecismo. Si careciésemos de *Escuelas de Venus* o de esos espantosos libros lascivos o de compañías lujuriosas quizá no pudiésemos comprender esto hasta que nuestros padres nos instruyesen; de modo que si la tradición llegase a desaparecer, la raza del género humano podría llegar a perecer en una nación sobria. Ésta es una filosofía muy pobre. A pesar de que a lo largo de los últimos siglos la jergonza de las escuelas ha producido en estos últimos tiempos de libertad alguna filosofía contraria de buen gusto y agradable a todos los hombres de ingenio, emancipándoles de aquella egregia forma de servidumbre intelectual; no obstante, buen Michael, veo que tú tienes mejor olfato.

No puedo decir más por ahora, únicamente que por el momento no quiero que hagas más preguntas sobre ese libro titulado *Investigación*³⁵. Ya que fue algo imperfecto, nacido hace ya muchos años, en contra de la intención del autor, en su ausencia al otro lado del mar y en un estilo oscuro y desordenado. Quizá pueda corregirse algún día, toda vez que, por otras razones, se pregunta por ella. Mientras tanto, ten paciencia y prosigue tus estudios. No disputes con nadie

³⁴ Uno de los dos personajes principales de *The Moralists*, el que, en general, representa la posición teísta de Shaftesbury.

³⁵ Se trata de la obra de Shaftesbury *An Inquiry Concerning Virtue, or Merit* que el *freethinker* John Toland (1670-1722), beneficiario de una pensión del filósofo, había publicado en 1699 en edición pirata aprovechando una estancia de su protector en el Continente con el título más abreviado de *An Inquiry Concerning Virtue*. Un texto en el que Shaftesbury nunca acabaría de reconocerse plenamente y que volvería a publicar, corregido, en 1711, como parte integrante del segundo volumen de *Characteristicks*.

sobre asunto alguno. Guárdate tus observaciones para ti mismo y cultiva las buenas máximas y principios que has recibido. Sé humilde en todas tus costumbres, gesto y conducta: porque eso es lo que corresponde al papel al que estás destinado. Que Dios te guíe por toda la piedad, moderación y virtud verdaderas. ¡Adieu! Dios esté contigo.

IX

30 de diciembre de 1709

Aprobé cordialmente tu método y plan, y continúo haciéndolo. Aprende lo que puedas de la lengua *griega*: es la fuente de todo, no solo del saber y la filosofía refinados sino de la Teología, pues es la lengua de nuestros *oráculos sagrados*. Toda vez que hasta el Antiguo Testamento tiene en el *Septuaginto* su mejor y más genuina versión. Todo el tiempo libre que puedas sacar de otras actividades y del necesario aprendizaje académico dedícalo al *Griego*.

Los pocos libros buenos que merced a tu propia sagacidad has descubierto entre nuestros teólogos y *moralistas* te serán de utilidad tanto para la lengua como para la reflexión.

El *Enchiridium Ethicum* del Dr. More³⁶ es una obra correcta de sana moral; aunque en otras obras *inglesas* el mismo doctor no pudo cumplir con ella, e hizo varias incursiones en otras regiones, siendo tan gran entusiasta quizá como cualquiera de aquellos contra los que escribió. Con todo, fue un hombre instruido y bueno.

Recuerda mis anteriores advertencias y recomendaciones: e intenta, por encima de todo, evitar la presunción y el orgullo, cosa que es, casi por naturaleza, inherente a la función y profesión que estás a punto de asumir. Y ya que consideramos oportuno denominarla *sacerdocio*, mira que sea tal que en presencia cualquiera no te haga decir o pensar sobre ti mismo *que eres más santo que él*. Es un papel *solemne*, pero observa y cuida que la *solemnidad* no te pervierta. Y recuer-

³⁶ El platónico cantabrigense (1614-1687). Vide nota 3.

da que Aquél en quien reconoces a tu *Maestro* y Legislador, no dictó ley alguna relativa al poder civil o que interfiriese en él. De modo que toda preeminencia, riqueza o pensión que recibas o esperes recibir merced a este papel que has asumido, proviene de la sociedad, de la cual derivan la autoridad y el beneficio, y de la que dicho papel depende legalmente; todas las demás pretensiones de los *sacerdotes* son judías y paganas, y en nuestro Estado, sediciosas, desleales y facciosas; tal y como lo es ese espíritu que impera ahora en nuestras universidades, en las que dominan los (así llamados) altos eclesiásticos. Aunque, en estos momentos (gracias a Dios), nuestro Parlamento está poniendo coto a esto con su intervención, procediendo contra el Dr. S——L³⁷ y promoviendo a Mr. H——Y, de quien te he hablado a menudo.

Nada más por ahora, sólo que Dios bendiga tus estudios y esfuerzos. Ahora que el espíritu contrario se ha adueñado de la práctica totalidad el clero, sobrepasando a todos los antiguos fanáticos, nunca antes se hizo más necesario un espíritu de *moderación* y de *cristianismo* entre los que ingresan en la función ministerial. Que DIOS te envíe todo el verdadero *cristianismo*, con el temperamento, la vida y las costumbres que le son propios. Adiós.

³⁷ Se trata del doctor Sacheverell. Este clérigo *highflyer* pronunció un famoso sermón ante la corporación municipal londinense en la catedral de San Pablo el 5 de noviembre de 1709, día en que se conmemoraba la Revolución de 1688 (aniversario también del fallido Complot de la Pólvora [*Gunpowder Plot*] papista de 1605). En su homilía atacó los principios de “La Gloriosa”, defendiendo sin reservas la «obediencia pasiva» y la «no resistencia», esto es, deslegitimando a Guillermo III y a sus sucesores, y acusando al gobierno whig de hostilidad hacia la Iglesia. Unas palabras demasiado osadas a las que el gobierno respondió con el inmediato procesamiento (*impeachment*) del eclesiástico. La Cámara de los Lores lo declaró culpable (por un exiguo margen de votos) y le impuso una pena muy leve. Un golpe de autoridad que, contra todo pronóstico, resultó fatal al ejecutivo, ya que, en lugar de aplacar, como pretendía, los ánimos de los más reaccionarios, sólo consiguió vigorizar cierto espíritu antigubernamental que en los últimos años ya se había ido extendiendo por buena parte de la sociedad británica y que llevaría al cambio de rumbo de los gobiernos de la reina Ana. Shaftesbury no tardaría en sufrir en sus propias carnes las consecuencias de este giro con, entre otras cosas, la condena de su *Carta sobre el entusiasmo* en la mismísima Cámara de los Lores.

IX'

Al Obispo Burnet³⁸

Reigate, 23 de mayo de 1710

Al obispo de Sarum,

Milord, el joven que hace entrega de esta carta a Su Señoría se ha estado preparando para el ministerio durante varios años y a tal fin, creo, ha concluido su estancia en la universidad. El motivo de su dedicación en esta dirección fue únicamente su propia inclinación. Hijo de padres humildes y proveniente de una familia numerosa y necesitada, lo acogí en la mía sin emplearlo en nada servil; de este modo, descubriendo su ingenio, lo envié a las mejores escuelas del extranjero con la intención de prepararlo para su promoción en una determinada dirección. Aunque yo no podía ser un obstáculo para el muchacho, disponiéndolo como lo disponía su serio temperamento (como pude constatar) al ministerio antes que a otros beneficios; con todo, hasta hace muy poco no le di esperanza alguna de ayuda de ningún tipo a través de mi influencia. Mas, finalmente, habiéndome convencido su comportamiento sobrio y religioso, su inclinación al estudio y su apacible conducta de que se trataba de un principio verdadero y no vanidad o engaño lo que lo llevaba a estos proyectos, estoy decidido, en caso de que vuestra Señoría lo encuentre digno del ministerio, a procurarle un beneficio tan pronto como esté en mi poder; mientras tanto, tengo la intención de mantenerlo como capellán de mi familia.

Soy, milord.

³⁸ En relación con el obispo Burnet *vide* nota 3. Por su evidente pertinencia incluimos esta carta publicada por Benjamin Rand (*op. cit.*, p. 419).

X³⁹

A Michael Ainsworth

Reigate, 10 de julio de 1710

Buen Michael, estaba convencido de que el hecho de que aguardabas [mi llegada] en — fue lo que te impidió escribir después de recibir las órdenes del buen obispo, milord de Salisbury, quien, tanto como ha trabajado más que ningún hombre vivo por el bien y el honor de la Iglesia de Inglaterra y la religión reformada, más que nadie sufre ahora las habladurías y calumnias de esos *eclesiásticos* desagradecidos que, con razón, bien pueden llamarse a sí mismos con ese único término de distinción, toda vez que carecen de todo derecho al de *cristianismo* o *protestante* por haberse desprendido de todo el temperamento del primero y de cualquier preocupación o interés por el segundo.

Espero que todo consejo que te diera el ilustre y buen obispo penetre profundamente en tu mente: deseo que aceptes la propuesta de una vicaría bajo un religioso tan bueno y amante de la moderación como describes. De todas formas, quisiera que supieses que este verano pretendía traerte a casa a mi llegada a St. Giles a fin de concederte más crédito, pensaba yo, con ocasión de tu recepción de las órdenes, sin temer que, el que te sentaras de vez en cuando a mi propia mesa y el tener a tu disposición en todo momento la segunda con los de buena condición y posición, supusiese ofensa alguna a tu modestia y humildad. Por otro lado, mi generosidad contigo se prolongaría surtiéndote en abundancia de libros (dado que dentro de poco trasladaré mi biblioteca de Chelsea a St. Giles, ahora que me he <visto> obligado a deshacerme de la casa misma y a vivir completamente alejado de la ciudad). Probablemente prosigas allí mejor que en ningún otro sitio tus estudios. De todas formas, te dejo que pienses libremente sobre esto y actúes en consecuencia, haciéndomelo saber, puesto que no me pondré en camino esta semana. Aunque, para cuando pueda haber recibido alguna contestación, estoy seguro de que (no quiera Dios que me ocurra alguna calamidad inesperada), estaré llegando a St. Giles.

³⁹ La carta que lleva el número X refunde con retoques dos que aparecen en la edición de Benjamin Rand (*op. cit.*) con las fechas de 10 de Julio de 1710 (pp. 421-422) y de 11 de Mayo de 1711 (p. 434) respectivamente, que son las que presentamos en su lugar.

Respecto a los artículos del Obispo, hace tiempo <que> se te enviaron para colocarlos en mi biblioteca. Si hubiese algún error o Mrs. Cooper hubiese dejado los libros empaquetados, puedes enseñarle esta parte de la carta y pedirle que abra el paquete o los libros, de modo que puedan colocarse en la biblioteca y a fin de <que> no pierdas un solo instante para sacar provecho del estudio, especialmente de esta obra tan valiosa, elaborada y erudita que directamente te recomiendo tu buen superior

Ruego a Dios que en tu nueva función te conceda toda la virtud, la humildad, la moderación y la templanza verdaderas que le corresponden. Tu amigo sincero.

X”

A Michael Ainsworth

Reigate, 11 de mayo de 1711

Me alegro de que haya llegado el momento en que vayas a recibir todas las órdenes, y de que eso lo esperes de manos de nuestro digno, ilustre y excelente obispo, milord de Salisbury.

Esta es una de las circunstancias que, espero, puedan contribuir a afianzar tu constancia en la honestidad, los buenos principios, la moderación y el verdadero cristianismo; cosas que desprecia y de las que se mofa en estos momentos la mayor parte y generalidad de ese cuerpo del clero llamado la Iglesia de Inglaterra; la cual ya no se considera a sí misma iglesia Protestante, ni en unión con los de comunión Protestante, aunque ella afecte el nombre de Cristiana y pretenda hacernos juzgar sobre el Espíritu del Cristianismo según el suyo: ¡no lo quiera DIOS! no sea que, por ellos, los hombres buenos abandonen con el tiempo el Cristianismo. En lo tocante a mi propia caridad y amistad por ti y, en otro sentido, por tu pobre familia, me contentaré con que llegues a ser (como siempre has prometido), un hombre virtuoso, piadoso, sobrio y estudioso, como conviene a tu solemne cargo. Has venido al mundo e ingresado en las órdenes en el peor momento de insolencia, alboroto, orgullo y presunción de los clérigos <que> yo nunca conociera o haya leído; y eso que he indagado mucho en los caracteres de los altos eclesiásticos desde los primeros siglos, en que llegaron a ser dig-

nificados con púrpura y coronas, hasta los tiempos recientes de nuestra reforma y edad presente.

El perfecto conocimiento que has alcanzado de mí y la orientación de todos mis estudios y vida en orden a la promoción de la religión, la virtud y el bien del género humano, será, (espero), un buen ejemplo para ti. Cuando menos, un obstáculo para que no te seduzcan infamias y calumnias como las que se lanzan contra los hombres llamados moderados, para ellos, indiferentes en religión, heterodoxos y heréticos.

<Que> DIOS te envíe todo el verdadero Cristianismo, junto con el temperamento, la vida, y las costumbres, que le son propios. Tu cordial amigo.

FINIS

Autores y obras citados por Shaftesbury:

(El número romano remite a la carta correspondiente)

ARISTIPO: VII

BARROW, Isaac: I

BURNET, Gilbert (obispo de Salisbury): VII, IX, X', X''

An Exposition of the Thirty Nine Articles of the Church of England: VII

CASAUBON, Meric: V

CEBES: V

TABULA: V

CELSE: V

CICERÓN: VIII

CHILLINGWORTH, William: I, VII

Reasons against popery: in a letter from Mr. William Chillingworth, to his friend Mr. Lewger, persuading him to return to his mother, the Church of England, from the corrupt Church of Rome: VII

DEMÓCRITO: VII

EPICTETO: V

EPICURO: VII

GATAKER, Thomas: V

HAMMOND, Henry: I

HOBBS, Thomas: VIII

LOCKE, JohnI, II', VIII

An Essay Concerning Human Understanding: I, II'

LUCIANO DE SAMOSATA: V

MARCO AURELIO: V

MORE, Henry: IX

Enchiridium Ethicum: IX

ORÍGENES DE ALEJANDRÍA: V

PLATÓN: V

Primer Alcibíades: V

Segundo Alcibíades: V

SHAFTESBURY, Anthony Ashley Cooper, tercer conde de (mención de sus obras):

— An Inquiry Concerning Virtue, or Merit: VIII

— The Moralists: VIII

— Sensus Communis: VII

SIMPLICIO: V

SÓCRATES: V

TILLOTSON, John: I

TINDAL, Matthew: VIII